

jefe de la sinagoga, y ese celo supersticioso que colocaba el reposo sabático por encima de todo, hasta de la obra santa de la misericordia.

—“Hipócritas, respondió Jesús con indignación, ¿acaso no desatáis del pesebre á vuestro buey ó á vuestro asno, el día del sábado, para llevarlos á beber? ¿Y esta hija de Abraham á quien Satanás ha atado durante diez y ocho años, no tiene derecho de romper su atadura el día de sábado?”

No hay prescripción contra el bien y contra la virtud. Toda religión que, para honrar á Dios, osara decretarlo, sería impía. El fariseísmo abundaba de esas impiedades enmascaradas; al atacarla en nombre de la conciencia con dardos tan acertados, Jesús cumplió su gran papel de libertador.

Sus enemigos quedaron confundidos, pero ellos no se rinden; sólo el pueblo le aclama, maravillado, en su humana fe, por los milagros, y deslumbrado, con su sencilla razón, por la verdad.

A pesar de la tristeza en la que le sumergió el espectáculo doloroso de la impenitencia y de la incredulidad generales, Jesús prosiguió sin vacilación y sin desfallecimiento lo que él gustaba llamar la obra del Reino de Dios. El conoce los designios del Padre, él tiene la vista llena de las leyes que todo lo rigen.—“Ella es el grano de mostaza,” dijo, “que un hombre sembró en su jardín; él crecerá y llegará á ser un gran árbol, él abrigará entre sus ramas á las aves del cielo.” El sabe también que su fuerza es irresistible, y de ella decía á menudo: “Ella es como una levadura que una mujer mezcla en tres medidas de harina; toda la masa fermentará.”

Ningún ser humano ha sido en su vida más olvidado, más rechazado, mas no comprendido, más despreciado que Jesús; ninguno ha atestiguado una certidumbre más tranquila, una confianza más firme en el éxito final, más allá de la tumba. El tiempo le ha justificado en su confianza absoluta, el porvenir le ha grande y santamente vengado.



## CAPÍTULO VI.

### ÚLTIMA TENTATIVA SOBRE JERUSALEM.

Después que Jesús dejó á la Galilea, Jerusalem es su pensamiento fijo; y la Perea, á donde él se retira á intervalos, no es para él sino un lugar de refugio contra la violencia y el odio que él levanta en la metrópoli. Después de varias semanas, quiso volver á Jerusalem é intentar sobre ella un supremo esfuerzo. Se puso, pues, en camino, en pequeñas jornadas, deteniéndose en las ciudades y en las aldeas que se hallaban en su camino. Uno de los Evangelistas, San Lucas, hace alusión á este viaje del que no indica, por lo demás, ni las detenciones ni las particularidades. Dos episodios solamente han quedado en el recuerdo de los discípulos y han sido recogidos por el mismo escritor; reflejan uno y otro todo lo que el momento presente tiene para Jesús de grave y de triste. Se vé rechazado y olvidado; sus fieles no son sino un puñado; todo lo que es poder, ciencia y fortuna, se cierra á su acción. El favor que halla en el pueblo no llega hasta transformar á esta multitud en una legión de discípulos. Escuchábasele á

<sup>1</sup> Luc., XIII, 22 y sig.

menudo gemir del pequeño número de los que se adherían á su palabra. Sus quejas chocaban al amor propio nacional; la mayor parte, viendo en la felicidad de la era mesiánica un patrimonio de la raza elegida, se figuraban de buena voluntad que todo Israel, sin excepción, debía de entrar en la gloria del Reino nuevo.<sup>1</sup>

Alguno se hizo el eco de esas vanas esperanzas á las que la vida y la doctrina de Jesús daban un formal mentís.

—Maestro, le dijo, ¿los salvados son un pequeño número? \* El no respondió directamente á la pregunta de este anónimo. Lo que importaba, no era saber si pocos ó muchos serían escogidos, sino trabajar en ser escogido.

—“Esforzãos,” exclamó, tornándose á la multitud, “combatid, para entrar por la puerta estrecha; porque un gran número, yo os lo digo, tratará de entrar y no podrá.

“Cuando el Padre de familia haya entrado y haya cerrado la puerta, vosotros que estáis afuera, comenzaréis á tocar la puerta, y diréis: Señor, abridnos. Y él os responderá: Yo no os conozco. ¿De dónde soís? Vosotros diréis: Nosotros hemos comido y bebido contigo, y á quienes enseñasteis en varias plazas. Y él os responderá: Yo no os conozco. ¿De dónde soís? Apartaos de mí todos los que obráis la maldad.

“Entonces serán los llantos y los crugidos de dientes, cuando véais á Abraham, y á Isaac y á Jacob, y á todos los profetas en el Reino de Dios, y que vosotros soís excluidos de él. Y vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y del Septentrión, y del Mediodía, y se sentarán á la mesa en el Reino de Dios. Y ved aquí que son últimos los que serán primeros y son primeros los que serán últimos.”

La única cuestión para el hombre es el ser incorporado en el Reino. Si él entra, él hallará la vida en la alegría del eterno festín, en la mesa del Padre, con Abraham, Isaac y Jacob

<sup>1</sup> Sanhedr., fol. 99. 1.

<sup>2</sup> Luc., XIII, 23 y sig.

y todos los profetas y todos los elegidos de las cuatro partes del mundo. Si él permanece fuera, arrojado á lo lejos, él tendrá como patrimonio el dolor sin fin y la desesperación. Pero que el hombre tenga cuidado: la entrada en la casa paterna y en el palacio del Reino es difícil, porque la puerta es estrecha. Esta puerta es la fe en Jesús,—el Mesías pobre y desconocido, humillado y sufriente. Para que el hombre penetre por esta puerta, es preciso que él se reduzca á nada, que se anonade en la palabra de Jesús y le sacrifique todo. Si él se rehusa al renunciamiento total, él no entrará. Los contemporáneos del Maestro lo han probado; el gran número ha retrocedido ante el sacrificio de la fe, prefiriendo á la doctrina del Salvador, sus ritos, su ciencia y sus vicios; él no ha sido admitido á la gloria del Reino.

Esta exclusión es definitiva, absoluta, eterna; ya no habrá ni penitencia ni misericordia; la conversión no es posible sino en la tierra, porque la bondad de Dios no hace doblegar su justicia mas que en la tierra. Más allá, de nada servirá haber sido de la raza elegida y privilegiada; este vano título no abrirá jamás la puerta cerrada. El Maestro, repudiado en la tierra, repudiará á su vez, á los que le hayan despreciado; él no les conocerá; ellos no serán para él sino obreros de injusticia, indignos de las alegrías del festín mesiánico.

Se vé qué conciencia tenía Jesús de su autoridad y de su obra. El domina el tiempo y la eternidad; pero si él es en el uno, la expresión de la mansedumbre y de la bondad infinitas, él no es menos en el otro, respecto á sus adversarios ciegos, mas que un inexorable justiciero.

Por lo demás, el mal éxito de su misión en Israel, bien puede entristecerle, pero no podría abatirle. A pesar de las dificultades de la entrada del Reino, á pesar del rehusamiento de los primeros individuos, la obra mesiánica se cumplirá, y la sala del festín no quedará vacía. El ya vé á sus elegidos acudir de los cuatro puntos cardinales, y sentarse al lado de los patriarcas y de los profetas. El mundo pagano abandonado es

recogido, la raza privilegiada es rechazada, y así, como le agradaba decirlo á menudo, sin temor de herir el sentimiento nacional, "los primeros van á ser los últimos, y los últimos los primeros."

En ese mismo día, los Fariseos se aproximaron á Jesús y le dijeron:—Parte, aléjate de aquí, Herodes quiere matarte. Este paso no era sino una ficción de parte de Herodes y de los Fariseos. No es verosímil que el tetrarca haya alimentado pensamientos de muerte contra Jesús: su naturaleza no era cruel. La muerte de Juan Bautista arrancada á su debilidad siempre le turbaba. Pero la presencia del Profeta en sus Estados le daba espanto; él temía á Jesús. El se imaginó que era Juan resucitado. Los Fariseos cortesanos han debido explotar esos terrores supersticiosos; y, para atraer á Jesús á Judea en donde él dependía directamente del poder del Sanhedrín, vinieron á amenazarle con la cólera del príncipe.

Jesús adivinó la perfidia.

—"Id," dijo á sus emisarios astutos, "y decid á ese zorro: Yo lanzo á los demonios, curo á los enfermos, hoy y mañana, y al tercer día, acabo mi vida."

Sus días están contados, no está en el poder de nadie disminuir el número, precipitar ó entorpecer su marcha; él nada teme; el temor de la muerte no le toca; él va al encuentro de su destino, tranquilo, irresistible, omnipotente como el Dios que le envía.

El continuó su camino para Jerusalem, á donde bien pronto llegó. Estábase en pleno invierno, se celebraba la fiesta de la Dedicación, que cayó, en el año 29, el 20 de Diciembre.

Esta solemnidad, de institución macabea, recordaba al pueblo la purificación del Templo profanado por Antioco Epifa-

<sup>1</sup> Luc., XIII, 31 y sig.

nio.<sup>1</sup> Se la llamaba "las luces," *Idbbará*; sin duda dice Josefo, porque la libertad del culto brilló de nuevo en nosotros contra toda esperanza. Los Rabinos tienen una interpretación más singular, de un sabor del todo judaico. Cuando Judas Macabeo hubo vencido á los Griegos, y que el Templo fué nuevamente abierto, se buscó aceite que hubiera escapado de la man-cilla de los paganos. No se halló mas que una ampojeta, colocada debajo del sello del gran sacerdote; esta era la provisión de un día, él se multiplicó por milagro, y sirvió toda una semana.

Para recordar ese prodigio, dice Maimonides, fueron instituidos ocho días de fiesta, y se encendían durante ocho noches luces en las puertas de todas las casas.<sup>2</sup>

La permanencia de Jesús en Jerusalem fué de corta duración. El había dejado á la ciudad en una agitación que su ausencia no había calmado la idea mesiánica, despertada por sus discursos, inflamó los espíritus. Nadie podía ignorar que el tiempo del Libertador no hubiere llegado; pero, en lugar de seguir las enseñanzas del Profeta, la opinión engañada se apartaba más y más en los sueños de libertad nacional, de restauración política y de dominación religiosa, universal. De tales ilusiones, se comprende, no hallaban nada en Jesús, ni en sus declaraciones, ni en su doctrina, ni aun en sus milagros, que pudiera lisonjearlos y animarles. Esto exasperaba á los patriotas; más de uno debió echar de menos que este hombre tan poderoso sobre el pueblo no tomará en sus manos la causa de Israel y no se diera como el Libertador esperado.

¿Para qué agitar á la multitud, si él no quiere ser ese personaje? ¿Y si él consentía en serlo, por qué no lo declaraba sin equívoco?

Este estado de la opinión resalta netamente de la narración del cuarto Evangelio,<sup>3</sup> y arroja plena luz sobre la escena que pasó entre Jesús y los Judíos de la metrópoli.

<sup>1</sup> I Maccab., IV; Antig., XII, 7, 6.

<sup>2</sup> Schabat, fol. 21; Chemic., III.

<sup>3</sup> Juan, X, 22 y sig.

Si siguiendo su costumbre, él había subido al Templo y se paseaba en la galería oriental, bajo el pórtico de Salomón. Los Judíos, habiéndole reconocido, le rodearon, encerrándole en medio de ellos como en un círculo. ¿Hasta cuándo, preguntaron ellos con vehemencia, tendrás á nuestra alma en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínolos abiertamente.

Esta intimación violenta prueba que los Judeanos no han acogido ni comprendido el mesianismo de Jesús, el carácter altamente espiritual de su obra y la divinidad de su persona; ellos no buscan ser alumbrados, ellos intiman á Jesús á pronunciarse netamente, y á decir si ó no, si es el Mesías, tal como ellos le comprenden; ellos no se adhieren al Profeta, ellos pretenden adherirle á ellos. Siempre es la misma lucha que estalló en Galilea, por primera vez, entre el mesianismo del que Jesús es la realización, y el mesianismo que extravía la opinión judía. Los Galileos, á lo menos, eran sinceros cuando quisieron sustraer á Jesús por la fuerza y proclamarle rey; los Judeanos son tal vez pérfidos. Si ellos reclaman una declaración formal, se puede sospechar en ellos la segunda intención de servirse de ella contra Jesús y denunciarle á la autoridad romana. ¿Qué idea, pues, se formaban ellos de ese personaje misterioso? Ya se ha visto,—y los documentos contemporáneos no nos dejan duda á este respecto,—la fracción más ardiente del partido farisáico le soñaba guerrero, conquistador, libertador y armado para dar á la nación la libertad, la supremacía universal y la gloria. Los más devotos, en su culto fanático por una ley que ellos consideraban como la expresión suprema de la santidad, le soñaban á su imagen, y esperaban de él que llevara á todas las naciones paganas á su culto y á sus observancias. En cuanto á los Saduceos, resignados al yugo extranjero, indiferentes y escépticos, se desinteresaban de esas preocupaciones de porvenir, no pidiendo sino vivir tranquilos, gozar y reinar. No son sus partidarios los que estrechan

1 Véase el libro III, cap. IX; La crisis mesiánica en Galilea.

á Jesús á declararles si él es el Mesías; son los Fariseos. Desde entonces, se ve, á qué equivoco se prestaba esta expresión de Cristo. El sentido que le daba Jesús estaba en oposición directa, absoluta, con el de sus adversarios. Nada de político, nada de mosáico y de legal, nada de particularista, nada de terrestre. En resumen, el Mesías es el Hijo de Dios, es Dios mismo en el hombre, pero en el hombre despojado de toda gloria mundana, evitando las manifestaciones resplandecientes, rehusando esas señales del cielo que los Doctores, con sus exigencias péfidas no cesaban de reclamar; él es el Hijo del Dios oculto, no revelándose sino á los humildes, fundando con ellos el verdadero Reino de Dios del que el reino daídico era la figura, reuniendo en él no solamente á los hijos dispersos de Israel, sino á todos los hijos de la raza humana, alimentándoles con la verdad y conduciéndoles, con la claridad de su palabra, á la eterna Vida.

La respuesta del Maestro fué tal como se debía esperarle de su eterna sabiduría. ¿Qué podía agregar á los testimonios solemnes ya dados con tanta insistencia en la fiesta de las Cabañuelas? ¿No había afirmado con una claridad irresistible su naturaleza, su origen y su misión divinas? ¿No había claramente explicado su gran obra de salvación? Si él había evitado con cuidado ante la multitud la palabra de Mesías, no es porque renunciara al título, sino que temía á una expresión de la que las preocupaciones habían alterado el sentido. No, él no es el Mesías que invoca la fantasía religiosa y nacional, él es el Mesías tal como el Padre le envía.

—“Yo os lo digo,” respondió á sus interlocutores, “y vosotros no creéis.”

El ensaya todavía arrancarles de sus ilusiones, de su falsa doctrina, y de llevarles á la verdad; les halla siempre recalci-trantes y cerrados. Los prodigios mismos no han podido vencer su obstinación. Jesús se las reprocha con tristeza.

1 Véase el libro II, cap. VII, y el libro IV, cap. II.

—“Las obras que yo he cumplido en nombre de mi Padre,” les dijo, “dan, sin embargo, testimonio de mí y atestiguan la verdad de mis palabras. ¿Por qué entonces no creéis?”

El va á volverles á decir la razón secreta de su incredulidad, siempre es la misma y en todas partes, porque ella tiene sus raíces en el egoísmo profundo de la voluntad y del espíritu. Nada tiene poder sobre el hombre que tiene por infalibles sus propias ideas religiosas, por indiscutible su filosofía y, quien, dominado, cegado por su amor propio ó su fanatismo de raza, rehusa escuchar lo que pudiera elevarle sobre sí mismo y del círculo estrecho en que él se encierra. Los hechos, los argumentos, los milagros, todo viene á estrellarse contra su voluntad endurecida; él mide todo por la norma de sus teorías ó de sus pasiones; lo que las choca es falso, lo que las excede es condenado.

Tal es el obstáculo que la verdad de Dios encuentra siempre en su camino á través de la humanidad, y contra el que Jesús tropezó en sus esfuerzos para conquistar las conciencias. A este pueblo doblegado por la ley mosaica,—ley imperfecta, materializada y falseada por las tradiciones farisáicas, inmovilizado por la escuela saducea,—le trajo la Ley viva del Espíritu; á esta nación esclavizada, y por lo mismo ardiente de esperanza en un Salvador prometido, mostró en la belleza divina entrevista por el profeta, á ese Libertador despojado de todos los caracteres falsos con los que la imaginación popular y la ciencia de los doctores le habían sobrecargado; á esta raza orgullosa de su sangre, anunció una raza nueva nacida del Espíritu, y le ofreció entrar á ella por un renacimiento misterioso del que sólo él tenía el secreto. Ahora, para entender semejantes verdades que, lejos de destruir al mosaísmo y al pueblo santo, les llevaban á su perfección total, era preciso sacrificar las doctrinas reinantes, el formalismo religioso, el orgullo de raza y las ambiciones groseras de un falso patriotismo; creer en los Profetas y en las Escrituras más que en las doctrinas ciegas que despreciaban al espíritu; arrepentirse, golpearse el

pecho, como lo pedían con una elocuencia divina el Precursor y el mismo Jesús, y abrir su alma al deseo del bien, á la atracción del Padre que solicita á toda criatura inteligente hacia la verdad y hacia la perfección.

Todos aquellos en quienes esta atracción ha triunfado, han escuchado la voz de Jesús, han tenido fe en su palabra, seguido su llamamiento y formado su rebaño.

El les llamó sus ovejas.

—“Vosotros sois absolutamente obstinados,” decía á sus adversarios. “Por esto no creéis. Mis ovejas escuchan mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen.” Y, reasumiendo en una sola palabra todas las funciones divinas del verdadero mesianismo, agregó: “Yo les doy la vida eterna.”

Traer á los hombres la vida de Dios, elevarles hasta él por su Espíritu de verdad y de amor, ved, en efecto, la obra reservada al Mesías. Jesús se afirma él mismo el héroe que la cumplió, expresando así, bajo una fórmula nueva, su propia divinidad, porque no está en el poder del ser humano, quien quiera que sea, prometer la vida eterna, mucho menos darla; todas esas declaraciones nos transportan fuera y por encima de la humanidad, y obligan al historiador á elegir entre el delirio de un iluminado y la palabra de Dios mismo.

La calma de Jesús es tan grande como su fuerza, y él tiene de esta fuerza una conciencia absoluta.

—“Aquellos á quienes yo he dado la vida eterna,” dijo, “no perecerán jamás. Nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre.”

El se declara de la misma potestad que su Padre, y así levanta el ánimo de sus discípulos, intimidados quizá á la vista del peligro que siempre crece.

En fin, pronuncia la palabra suprema de sus revelaciones prodigiosas respecto de sí mismo, y dijo sin equívoco:

—“El Padre y yo somos uno.”

De todas las nociones mesiánicas, esta es la más profunda

y la más elevada. Entre el Mesías y Dios, no hay solamente comunidad de voluntad, de inteligencia, de poder, hay comunidad de esencia; no hay solamente unión moral, hay unión metafísica por una participación á la misma naturaleza. El Padre y el Hijo son dos personas distintas, pero su ser es idéntico. Jamás palabra más sorprendente, más inuédita, más insondable, ha salido de labio humano; jamás, hasta el presente, Jesús había expresado más abiertamente lo que él era. Si los Judíos que los escucharon habían guardado la ciencia profunda de las Escrituras y habían permanecido fieles á las enseñanzas de los profetas; si, desprendidos de sus vanos ritos, de sus aberraciones religiosas y políticas, ellos se habían dejado alumbrar por la doctrina de Jesús y subyugar por la fuerza deslumbradora de su testimonio y de sus milagros, ellos hubieran reconocido la divinidad de su Mesías y la mesianidad de Jesús, ellos hubieran comprendido que un Mesías—Dios no podía tener otra función que comunicar el Espíritu divino, que el Reino fundado por él no podía ser el patrimonio de una raza, sino de la humanidad; que toda ley escrita debía desaparecer ante la Ley viva del Espíritu, única capaz de penetrar las conciencias. Ciegos, soberbios, endurecidos, parapetados con una falsa ortodoxia, ellos trataron la palabra de Jesús como á la de un blasfemo, y al mismo Jesús como á un criminal á quien era preciso exterminar sobre la marcha.

Su fanatismo hizo explosión, ellos tomaron piedras para lapidarlo.

Imposible ante esas amenazas, Jesús no se sustrajo. Su calma y su firmeza hicieron caer las piedras de las manos de esos energúmenos.

—“¿Cómo?” les dijo con una ironía mezclada de indignación, “yo os he hecho ver por la virtud de mi Padre hermosas y buenas obras innumerables: ¿por qué me lapidáis?”

Tal era, en efecto, la perversidad de esas conciencias, que, lejos de iluminarles, las otras santas de Jesús les exasperaban, atizaban su odio y provocaban sus furores.—No es por una

buena obra, exclamaron, desconcertados, es por blasfemo, y porque siendo hombre, tú te haces Dios.

Esos fanáticos se engañaban; no era un hombre el que se hacía Dios; era Dios mismo quien se revelaba personalmente en el Hombre—Jesús.

El blasfemo, para los Judíos, consistía, según su fórmula misma, en atacarse “al fundamento.”<sup>1</sup> Ahora, el fundamento sagrado, es Dios, el Templo y la Ley. Negar la unidad de Dios, la eternidad del Templo y de la Ley, ved, el gran crimen religioso. Escuchando á Jesús igualarse á Dios, identificarse con él, proclamarse un mismo ser que él, clamaron: es un blasfemo.

Evidentemente, esos doctores degenerados habían olvidado la verdadera noción de su Mesías. En los tiempos de decadencia, las verdades más elevadas se velan, las cuestiones más necesarias están divididas, y los espíritus apocados y desfallecidos, se agitan con las sutilezas vanas y los detalles accesorios, dando importancia á puerilidades, olvidando lo que es vital, esencial. Las escuelas judías y sus maestros, el sacerdocio y sus jefes, ofrecen ese espectáculo. La divinidad del héroe mesiánico, netamente señalado por los Profetas y solemnemente proclamado por Jesús, no les pareció sino una blasfemia; ellos cierran los ojos y se apartan de él, porque él no corresponde á sus preocupaciones y á su vanidad nacional.

Aquel que sabe toda la dureza de esta raza, su obstinación inveterada, el espíritu inexorable de su religión, se formará una idea de la firmeza de Jesús, viniendo á atestiguar su propio mesianismo, á la faz de los representantes de su pueblo.

Afirmando su divinidad, él pareció el más culpable de los blasfemadores; y aun cuando en principio los doctores hubieran reconocido la divinidad de un Mesías, la oposición contra la persona de Jesús era tal, que al verle arrogarse el título santo y la dignidad divina del Enviado supremo, ellos le hubieran todavía anatematizado y lapidado como á un falso profeta.

<sup>1</sup> Lightfoot, *Herse hebrai.* et talmud., p. 10, 66.

Pero Jesús no se doblegó.

La cólera de los hombres le hallaba siempre en el equilibrio que dan la santidad y la verdad; él apeló á la Escritura, á esa letra sagrada por quien sus interlocutores tenían culto supersticioso; y, en nombre de esa letra misma que para ellos todo lo resolvía, rechazó victoriosamente su acusación.

—“No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: Vosotros soís Dioses? Si, pues, ella ha llamado Dioses á aquellos á quienes la palabra de Dios ha sido dirigida,—y la Escritura no puede ser destruida,—aquel á quien el Padre ha santificado, que él ha enviado al mundo, cómo decís de él: El ha blasfemado, porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios!

Al invocar ante esos doctores escandalizados, el nombre atrevido con el que el mismo Dios, en la Escritura, llama á sus representantes humanos, Jesús despertó una de las ideas más arraigadas en la conciencia judía. Para Israel, Dios es un Ser personal y vivo cuya palabra y acción no cesan de manifestarse á su pueblo; aquellos á quienes ella se dirige toman de ella un carácter divino: rey, juez ó profeta, ellos se convierten en órganos de Dios, ellos son elevados en cierto modo hasta El. Si entonces, por la razón misma de esta unión parcial, ellos son con justo título llamados Dioses, ¿cómo aquel á quien el Padre santificó, en quien puso la plenitud de su Espíritu y á quien envió al mundo, será acusado de blasfemo, al decir que él es el Hijo de Dios?

El argumento no tenía réplica.

Se ha creído ver en la respuesta de Jesús una atenuación de la fórmula por la cual él había tan netamente declarado su divinidad. Esto es un error. Esta respuesta más bien la confirma. Mas el pensamiento directo del Maestro es, sin duda alguna, disculparse de la acusación de blasfemo y probar á sus interlocutores, por su misma ley, que él es inatacable.

Intentó en seguida un último esfuerzo para llevar á esos espíritus prevenidos á reconocer en él esta unión con el Padre que era la fuente de su mesianismo; y, puesto que su palabra

no les podía persuadir ni imponerse á su conciencia, les dijo:

—“Ved, pues, mi obra. Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si yo las cumplo, creed en ellas y reconoced que el Padre está en mí y yo en El.”

Ellos no quisieron ver ni oír. Se retiraron exasperados, maquinando apoderarse de él y llevarle ante el Sanhedrín; pero Jesús se les escapó. Rodeado de sus discípulos, abandonó el Templo y la ciudad, dirigiéndose por el camino de Jericó hacia la tierra, más allá del Jordán.

Al alejarse de Jerusalem, él volvió á ella, el alma llena de una tristeza indecible. Esta tentativa suprema le mostró su invencible terquedad. El dolor le arrancó una queja, un grito punzador.

—“Jerusalem! Jerusalem! tú que matas á los profetas y lapidas á los que te son enviados, cuántas veces yo he querido reunir á tus hijos, como un pájaro reúne á sus hijuelos bajo de sus alas, y tú no lo has querido!

—“Ved, que vuestra casa quedará desierta. Yo os lo digo: No me veréis más, hasta que llegue el día en que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Esta fué, en efecto, la última vez que él apareció en sus muros y en su Templo. Ya no volverá sino para morir. La ciudad amada é ingrata ha oído sus más sublimes enseñanzas: ella las desdeñó; sus llamamientos más ardientes: ella los ha realizado. Ella conocerá las represalias terribles del amor despreciado; en espera del día de la cólera, ella prepara, en la ceguera y el odio, su lúgubre destino.